

# Los desafíos de una política que debe ser nueva

Los resultados de las elecciones del pasado 20 de diciembre han decantado en una atomización parlamentaria, novedosa en nuestra democracia. En efecto, el bipartidismo dominante en las décadas anteriores ha dado paso a una situación mucho más compleja, tras la inusitada pérdida de apoyo de los dos principales partidos políticos (PP y PSOE) y el auge de otras fuerzas hasta ahora inéditas en el Parlamento. Sin ecuaciones sencillas que permitan conformar una mayoría de gobierno, las semanas que han transcurrido desde la llamada a las urnas han supuesto un constante intercambio de reproches, amenazas y sutiles tácticas de seducción —a veces no tan sutiles— que han puesto de manifiesto la poca capacidad de nuestra clase política para el pacto y la negociación.

## Desafíos tras los resultados electorales

Cerramos este editorial dos semanas después de que el Rey Felipe VI encomendara a Pedro Sánchez la tarea de formar gobierno y, en estos momentos, la situación no permite vislumbrar la posibilidad de un pacto de estabilidad con voluntad de permanencia. Cuando el texto llegue a manos de los lectores, ya se habrá producido la primera votación de investidura, prevista para el 2 de marzo. A fecha de hoy, la hipótesis de unas nuevas elecciones sigue presente como una opción posible, aunque poco deseable, sobre todo si tenemos en cuenta que la situación económica ha renovado sus alarmas, con un deterioro creciente de la evolución de los mercados bursátiles y el repunte, entre otros indicadores, de nuestra prima de riesgo. Aunque no es evidente que ello esté causado por la interinidad del gobierno,

sí es cierto que la situación todavía precaria del mercado laboral y la aparición de nuevos casos de una corrupción que amenaza con convertirse en endémica, hacen necesario contar lo antes posible con un gobierno estable y capaz.

Con la incógnita del futuro aún por desvelar, cabe preguntarse por las conclusiones que podemos extraer de estas últimas semanas y plantear algunas de las claves, que en nuestra opinión, definen la nueva legislatura. Entre los aspectos urgentes se encuentran la regeneración de la vida política, atenazada por la conducta poco ejemplar de demasiados actores públicos, la reforma constitucional, el problema territorial o la crisis económica. Aparte de desafíos como el terrorismo global que, desgraciadamente, seguirán muy presentes en la actualidad y en la agenda de la legislatura.

### **Desafíos en el proceso de negociación**

Las encuestas parecen indicar que unas nuevas elecciones cambiarían poco el actual reparto de poder en las Cortes. Necesitamos el pacto y el entendimiento entre las fuerzas políticas. Se trata de una situación inédita no tanto por la necesidad de acuerdos para conformar una mayoría, sino por la debilidad de cualquiera de los dos partidos mayoritarios para emprender unas negociaciones con tal fin. Que el partido finalmente llamado a formar gobierno, el PSOE, no supere los cien diputados en el hemiciclo es expresivo, por sí solo, de esta realidad. La ecuación tradicional hasta ahora —cuando ningún partido alcanzaba la mayoría absoluta— invitaba a un pacto de investidura o de legislatura entre populares y socialistas con los nacionalismos vasco y catalán. Tras las elecciones de diciembre, ningún acuerdo sencillo permite conformar ya una mayoría. La situación requiere altura de miras, generosidad y el tan traído y llevado sentido de Estado tantas veces proclamado por nuestros políticos. Las interpretaciones pueden variar, pero poco hemos visto de esos valores en estas semanas. Se ha oscilado entre un cierto hieratismo del *Partido Popular*, legitimado para tomar la iniciativa pero que no ha podido o no ha querido hacer una propuesta que concretase su apuesta por la “gran coalición”; y un *Partido Socialista*

*Obrero Español* prisionero de la debilidad del resultado obtenido en las urnas. Entre ambos, encontramos a *Podemos*, sin duda el partido con una posición más cómoda, ya que sus opciones son hacer a Pedro Sánchez presidente del gobierno, y cobrar el precio debido por ello, o recoger los restos de un más que probable naufragio socialista en unas nuevas elecciones. *Ciudadanos* ha mostrado responsabilidad en la negociación y solidez en el discurso, pero su decepcionante resultado —si lo comparamos con las excesivas expectativas creadas— no le permite ser líder aunque sí, tal vez, facilitador.

La imposibilidad de conformar alianzas estables que permitan formar gobierno, incluso entre fuerzas con idearios divergentes, contrasta con lo que sucede en nuestro entorno. Una rápida mirada al mapa europeo arroja una abrumadora mayoría de estados no solo gobernados por coaliciones de partidos, sino en algunos casos por alianzas conformadas más allá de la afinidad ideológica. Tal es la situación de Alemania, Irlanda o Finlandia, como casos más destacables. Sin olvidar la larga tradición, en este sentido, de Austria, o los complejíssimos encajes que son necesarios con frecuencia en casos como el italiano o el belga. Es evidente que nuestro entorno —al que nos acomodamos en cuanto a formas políticas y valores— es uno de forzoso y constante diálogo entre las fuerzas parlamentarias. Como lo es que el futuro gobierno de España, con o sin elecciones, será fruto de una ecuación compleja de pactos y acuerdos.

A nuestro entender, lo primero que se echa en falta es la transparencia y la normalización de ese proceso. No hemos visto propuestas concretas, mesas de negociación, una sana transacción entre ideales contrapuestos y el sacrificio de intereses particulares en beneficio del bien común. Las semanas que siguieron a las elecciones han sido un limbo político en el que ha primado la impostura sobre la profundidad, la ocultación sobre el diálogo público y lo personal sobre lo que concierne al conjunto de la sociedad. Ha faltado, en definitiva, pulso político y liderazgo, de tal forma que el acuerdo —de producirse— será por agotamiento y no a través de pactos sólidamente trabados. Lamentamos profundamente que los dos grandes partidos —y los nuevos— no se sentasen a dialogar y a negociar a las pocas horas de las elecciones —ante el escrutinio

público— aunque fuese para certificar que las diferencias son irreconciliables. Todo el proceso posterior se ha visto degradado, en cierto modo, por este problema de origen.

### Desafíos en las cuestiones a abordar

En todo caso, la pregunta es qué se pacta y con qué objetivos. Las propuestas, o cruces de propuestas, que conocemos hasta ahora son excesivamente vagas. A lo largo de estas semanas se han ido perfilando con más nitidez las cuestiones que los partidos consideran prioritarias. En los últimos días, tanto el PSOE, una vez asumido el encargo de intentar formar gobierno, como *Podemos*, en un movimiento que ha generado cierto desconcierto y malestar, han presentado sendos documentos relativamente detallados para enmarcar la negociación.

De todos modos, de momento, no se vislumbra ningún avance significativo hacia los grandes consensos que son necesarios en cuestiones fundamentales como la **educación** —cuya reforma urgente y consensuada ha sido reclamada estas semanas por las Reales Academias—. No puede ser que cada nuevo gobierno, con el cambio de signo ideológico, realice una reforma educativa siempre acompañada por el anuncio de la oposición de su inmediata derogación tan pronto retorne al poder. Las leyes educativas son a nuestro tiempo lo que nuestro débil peregrinar constitucional al siglo XIX. Los vaivenes en educación hipotecan irremediabilmente el futuro de los jóvenes de hoy, que encaran un futuro complejo en un mundo global y competitivo.

Se aprecian las mismas carencias en el debate sobre aspectos que han sido además susceptibles al mercadeo dialéctico estas semanas, como la política exterior o la de defensa. En el ámbito de los **grandes pactos**, ocupa un lugar fundamental lo que se refiere a los derechos sociales y su protección, las políticas contra el desempleo o la laboral. Por otro lado, es una cuestión urgente el garantizar con credibilidad la permanencia de un sistema de pensiones universal y, en general, un Estado de Bienestar renovado y vigoroso. Las palabras sobre estos temas han sido en general opacas y hueras. Se nos ha hurtado, antes

y después de las elecciones, un debate político de auténtica altura.

Al hablar de reformas es insoslayable la cuestión de la **reforma constitucional**, indisolublemente unida al debate territorial. Se viene hablando mucho de acometer una actualización de la Constitución de 1978, si bien de nuevo se echa en falta mayor concreción sobre los fines de esa reforma. La voluntad de emprender esa tarea parece más importante que un proyecto político concreto que inspire el proceso. Ajustar la sucesión a la Corona, apuntalar el Senado como cámara de representación territorial o definir las competencias autonómicas y el propio número y nombre de estas son algunos de los aspectos que se han planteado. El debate constitucional se ha enquistado por la falta de voluntad de emprender la reforma a tiempo, y por la demagogia con la que, en demasiadas ocasiones, se ha abordado la cuestión. No parece que en esta legislatura vayamos a ver un *aggiornamento* de la Carta Magna. Y esta es una cuestión vital, que tiene valor de mandato para el *Partido Popular* y el *Partido Socialista*, aunque exija un consenso que parece imposible. La responsabilidad es grande ya que se corre el peligro —de no abordarse el debate— de ver crecer la desafección de las generaciones más jóvenes hacia un sistema político meritario, que requiere ser cuidado y sostenido para proyectarse en el tiempo.

Como apuntábamos, se trata de un desafío que, en último término, incide en otro asunto de urgencia para el periodo que se abre: **la cuestión territorial**. Esta legislatura debería ser la del reencuentro de posturas —tanto en Cataluña como en otras comunidades—. De nuevo es necesario hablar, y mucho, para superar el bloqueo institucional y lo que es más dañino, la desafección social. Y una vez más hay que huir de las soluciones fáciles o efectistas, y es necesario el concurso sensato de todas las fuerzas políticas —de todas ellas— para plantear soluciones con voluntad de permanencia, y que no sean ni un parche temporal a un problema, ni la excusa para el retorno inmediato a nuevas aventuras políticas, como las protagonizadas en los últimos meses por la Generalitat de Catalunya.

Sin duda, una de las cuestiones más graves que tenemos ante nosotros se refiere a la gestión de **la crisis económica y social**. El aumento de la desigualdad, la pobreza y la exclusión social son asuntos que

requieren una enérgica acción política, con el máximo grado de prioridad. La experiencia nos dice que, para ello, no es suficiente lograr la recuperación económica; sí parece razonable pensar que necesitamos crecimiento económico para reducir el desempleo y la pobreza. Es, pues, condición necesaria pero no suficiente. Necesitamos una política firme e inteligente que, sin poner en riesgo la tibia recuperación económica ya lograda, impulse las reformas estructurales aún necesarias, promueva la redistribución de la riqueza y refuerce la cohesión social.

La **regeneración política** es una de las demandas más transversales de la sociedad española. Mientras escribimos estas líneas, continúa el boxeo de sombras de las negociaciones entre los partidos, enturbiadas por nuevos y viejos casos de corrupción política. El nuevo gobierno debería tener en su agenda la adopción de medidas contundentes: por un lado, dificultar la proliferación de ese tipo de conductas y, por otro, potenciar la transparencia y la representatividad en la elección por los partidos de candidatos a representantes políticos. Recuperar para la política su acervo como labor de servicio público es una tarea esencial e insoslayable. En ese sentido, es fundamental apuntar la fragilidad aparente de los principales líderes políticos, en primer lugar para ejercer como tales, y también para hacer llegado el caso, los sacrificios –incluso personales– precisos para desbloquear la conformación de un gobierno estable. Detectamos, en efecto, un excesivo personalismo en la política española, que conecta con esa escasa permeabilidad a la representatividad de muchos de nuestros dirigentes.

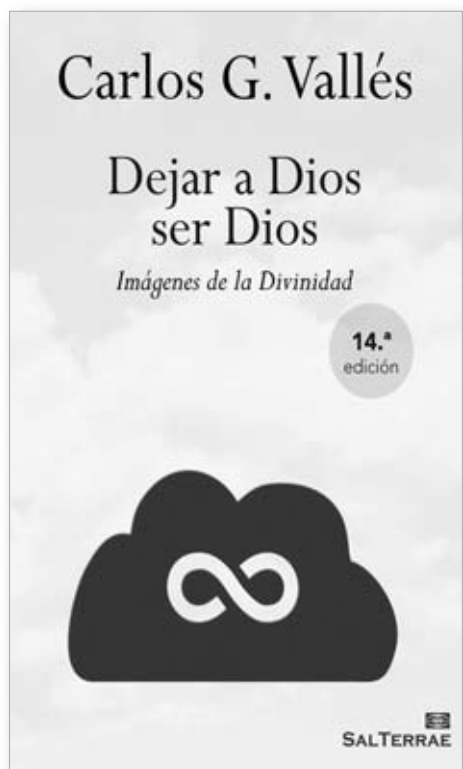
### **Conclusión abierta**

El final de este editorial solo puede ser tentativo. En el momento de concluirse no hay acuerdo de gobierno a la vista, y todas las opciones, incluidas nuevas elecciones, permanecen abiertas. Cuando esta revista llegue a manos de sus lectores, ya sabremos si Pedro Sánchez ha logrado la investidura o no, y por tanto cuáles serán los siguientes pasos. En meses sucesivos podremos retomar, en estas mismas páginas, aspectos más concretos de la política parlamentaria

y de la acción de gobierno. Con todo, y pese a la interinidad del momento, no hemos querido sustraernos a un debate que está en la calle y que nos afecta a todos, y plantear tanto la gravedad de algunos de los desafíos que afronta la sociedad española, como los déficits que detectamos en el proceder de unos y de otros tras las elecciones. No es un punto de partida halagüeño, si consideramos la dimensión y el número de los retos que nos aguardan. Echamos en falta una política auténticamente nueva. Necesitamos voluntad política e imaginación política. Y es que, como diría Martin Buber, “la política es el arte de lo imposible”. ■

---

# SALTERRAE



CARLOS G. VALLÉS

**Dejar a Dios ser Dios**  
*Imágenes de la Divinidad*

14.<sup>a</sup> edición

192 págs.  
P.V.P.: 12,00 €

La crisis religiosa que vivimos es crisis de valores, de credibilidad, de instituciones, de fe, de sentido de la vida y del peso del dolor del hombre. En el fondo, es crisis del concepto de Dios que subyace a todo ello y que da origen a tantas y tan diversas manifestaciones de una misma inquietud vital. ¿Quién y qué es ese Dios que pide o deja de pedir esos valores, esas instituciones, esas costumbres, esos sacrificios...? Hay que ampliar la catequesis, hay que abrirle ventanas al alma, hay que dejar a Dios ser Dios.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
pedidos@grupocomunicacionloyola.com

---